

Judith Podlubne

**Crítica y significación. Los años sesenta
en la revista *Setecientosmonos***

***Setecientosmonos. Antología. Edición a cargo de
Oswaldo Aguirre y Gilda Di Crosta.***

Buenos Aires: Santiago Arcos, 2012.

Judith Podlubne es profesora titular de Análisis del Texto en la Facultad de Humanidades y Artes de la Universidad Nacional de Rosario, directora de la Maestría en Literatura Argentina en dicha facultad e investigadora adjunta del Consejo Nacional de Investigaciones Científicas y Técnicas (Conicet). Doctora en Letras de la Universidad de Buenos Aires. Es la autora de *Escritores de Sur. Los inicios literarios de José Bianco y Silvina Ocampo* (Beatriz Viterbo Editora, 2011). Publicó textos sobre literatura y crítica literaria argentina en libros y revistas nacionales e internacionales. Actualmente trabaja sobre la década del sesenta desde la revista *Sur*.
Correo electrónico: judithpodlubne@gmail.com

Documento accesible en línea desde la siguiente dirección: <http://revistas.javeriana.edu.co>



LAS RAZONES QUE impulsan a escritores, críticos e intelectuales a hacer una revista suelen ser múltiples, distintas y a veces azarosas. Con frecuencia, sin embargo, esa diversidad se eclipsa frente al imperativo político o cultural, o simplemente periodístico, de transformar motivos circunstanciales en causas nobles. *Setecientosmonos*, una de las revistas literarias más importantes de los años sesenta en la ciudad de Rosario (Argentina), nace de una inquietud juvenil: el interés por difundir sus escritos que reúne a un grupo de amigos del barrio, integrado por Juan Martini, Carlos Schork, Omar Pérez Cantón y Rubén Radeff. Según se desprende del relato de los protagonistas, Martini y Schork comienzan a sentirse escritores solo después de haber ganado el concurso de cuentos que, a mediados de 1964, organiza Amigos del Arte con el auspicio del Fondo Nacional de las Artes. Para ese momento *Setecientosmonos* cuenta ya con dos números. Además de un rito de iniciación literaria, este concurso les depara a sus directores el encuentro con quien en adelante marcará el rumbo editorial de la revista. En la entrega de premios conocen al joven Nicolás Rosa, un personaje aún sin inserción académica, pero muy vinculado al medio cultural de la ciudad. La incorporación de Rosa cambia sustancialmente el perfil de la publicación. *Setecientosmonos* deja de ser una revista de jóvenes interesados en divulgar sus relatos para aventurar posiciones intelectuales y acercamientos críticos a la literatura. Casi tres décadas después, en 1993, durante una mesa redonda en la que debate sobre el rol de las revistas culturales junto a Noé Jitrick y Beatriz Sarlo, Rosa recuerda la experiencia de *Setecientosmonos* y, sin perder la ocasión de figurarse como un anticristo provinciano enfrentado con las instituciones tradicionales de la ciudad, su intervención revive algo de ese carácter contingente del principio al afirmar que “escribimos una revista porque todavía no podemos escribir un libro” (Jitrick, Rosa y Sarlo viii).

La *Antología* de *Setecientosmonos* que acaba de publicar Santiago Arcos, con edición a cargo de Osvaldo Aguirre y Gilda Di Crosta, recupera desde su composición el cruce de avatares personales y acciones colectivas que configuraron el itinerario de la revista. Sin dudas, el acierto principal del libro es dar a conocer y poner en circulación las contribuciones más destacadas de una publicación ineludible, no solo para comprender el clima intelectual de la ciudad en la segunda mitad de los años sesenta sino también para acceder a una perspectiva algo más amplia, menos centralizada, del periodo. En este sentido, la *Antología* de Aguirre y Di Crosta dialoga con el relato iniciado por otro libro imprescindible sobre la época, *Del Di Tella a “Tucumán Arde”* de Ana Longoni y Mariano Mestman. No menos significativo que este acierto fundamental es el modo en que los editores eligen componer el volumen. Atentos a la advertencia de que “las revistas se van

haciendo sobre la marcha”, con que el número 3/4 (diciembre de 1964) anuncia los cambios que la afectaran en adelante, Aguirre y Di Crosta incorporan a la *Antología* testimonios en los que se narra, con matices y diferencias significativos, el sentido que fue tomando esa marcha. El texto liminar de Martini y las entrevistas a Carlos Schork, Omar Pérez Cantón y Norma Desinano, que realizan Osvaldo Aguirre y Julieta Tonello, proyectan una suerte de novela de formación, variada y entusiasta, en la que las costumbres y las demandas de la época se mezclan con anécdotas triviales, reveladoras del ánimo vocacional del grupo fundador. Esta historia entrecruzada atraviesa a menudo las lecturas críticas que preceden a las distintas secciones del volumen. “En el reino de la literatura”, el texto de Aguirre con que se abre la *Antología*, resulta un umbral oportuno. Certero en el examen de las circunstancias y las relaciones locales que orientaron los distintos momentos de la revista y perspicaz en el análisis de las contribuciones que perfilaron su rumbo editorial, el ensayo establece las coordenadas que resuelven el plan general de la *Antología*.

Con excepción de la nota, aparecida en el número 1, en la que se cuenta el chiste cándido que decide el nombre de la revista, todas las colaboraciones incluidas en la compilación proceden de los números posteriores al segundo y se organizan en cuatro secciones diferentes. La primera reúne los textos editoriales en los que el grupo define, con precipitación, posturas intelectuales a tono con las intimaciones del momento. El contraste que el apartado propone entre la “Carta de la dirección” del nro. 3/4 y la del nro. 5 es prueba elocuente de la urgencia con que se tramita el cambio de propósitos. En pocos meses se pasa de afirmar “[...] hacemos la revista: para nuclear a la gente que escribe, para promocionarla [...]” a declarar “[...] en este número decidimos ponernos en contra de medio mundo. Siempre lo estuvimos, hoy nos comprometemos expresamente”. El cambio implica la renuncia a algunos modelos iniciales, Ernesto Sábató y Abelardo Castillo, e impone la confianza en otra autoridad, básicamente, en Jean Paul Sartre. La segunda sección, titulada “Ficciones”, recoge una serie de relatos entre los que se incluyen los de Martini y Schork que resultaron premiados en el concurso de Amigos del Arte, un cuento de Marta Lynch, otros de Mario Verandi y Angélica Gorodischer, y, por último, “La playa”, de Alain Robbe-Grillet, en traducción de Juan José Saer. La diversidad del apartado deja ver el carácter misceláneo que *Setecientosmonos* acredita en sus vínculos y preferencias literarias. Por un lado, los escritores locales conviven con autores de proyección nacional y con algunos extranjeros y, por otro, relatos de temática social, firmados en su mayoría por narradores que participan también en *El Escarabajo de Oro*, se cruzan con el interés por las experimentaciones del objetivismo francés que manifiestan los crí-

ticos de la revista. Significativamente, la antología no dispone de una sección para los poemas que aparecen en la revista, aun cuando en ella colaboran nombres importantes, como Juan L. Ortiz y Hugo Padeletti.

“Una crítica nueva”, el apartado que recoge las lecturas literarias, es sin dudas el más representativo del giro que la revista comienza a dar con la inclusión de Rosa a partir del número 3/4. Casi la mitad de la *Antología* está dedicada a esta sección, que es además la única del libro que cuenta con dos ensayos preliminares: “Nicolás Rosa y la nueva crítica literaria”, de Gilda Di Crosta, y “Sentidos de vanguardia en *Setecientosmonos*: ruptura y eficacia (artística, política, crítica)”, de Irina Garbatzky. Mientras el ensayo de Di Crosta analiza con exhaustividad las intervenciones de Rosa en el marco de su obra ensayística, el de Garbatzky sitúa algunos sentidos de vanguardia que despuntarán en la revista unos pocos años antes de la experiencia de “Tucumán Arde”, en la que intervinieron algunos de sus miembros. La relevancia de esta sección se deja apreciar en varias direcciones. En primer lugar, ofrece una suerte de genealogía del discurso crítico en la Argentina, en tanto reúne no solo los primeros textos de Rosa — dos de los cuales integrarán luego *Crítica y significación* (1970), su libro inaugural, sino también los de aquellos colaboradores ligados a la transformación académica que, desde el inicio de la década, Adolfo Prieto está impulsando en el Instituto de Letras de la Facultad de Filosofía, Letras y Ciencias del Hombre, en la Universidad Nacional del Litoral (hoy, Universidad Nacional de Rosario). Junto al propio Prieto, también participan en *Setecientosmonos* María Teresa Gramuglio, Josefina Ludmer, Norma Desinano y Gladys Onega. El acercamiento de la revista a la crítica académica responde, como señala el testimonio de Desinano, a la enérgica iniciativa de Rosa. En segundo lugar, este apartado es una prueba privilegiada de los acelerados y controvertidos caminos que recorrió en nuestro país la actualización teórico-crítica que impulsó el estructuralismo francés. Los artículos que Rosa escribe en estos años son, como señaló Prieto (23), una muestra estratográfica del pasaje del existencialismo sartreano a la lectura del texto literario como objeto de reflexión sobre la lengua. Las directivas y el instrumental crítico propios de la fenomenología existencial de Sartre y Merleau Ponty se intersectan en su caso, pero no solo en el suyo, con las exigencias formales del análisis estructural. No sorprende entonces que la sección “Traducciones” de la *Antología* recoja las versiones que Rosa realiza de textos de estos autores junto a la traducción de una entrevista a Roland Barthes — uno de los primeros textos del francés que aparece en el país. También en las intervenciones de los críticos universitarios el sociologismo sartreano, heredado de *Contorno*, convive con una atención especial sobre las técnicas del relato. Apelando al Sartre lector de Faulkner, el artículo de Prieto

sobre Julio Cortázar pone esa atención en perspectiva al afirmar que los ejercicios formales no son nunca un dispendio de gratuidad o virtuosismo, debido a que la técnica novelesca nos acerca siempre a la metafísica del novelista. Esta conclusión no solo media el interés especial que los críticos de *Setecientosmonos* manifiestan por las exploraciones de la nueva narrativa latinoamericana, sino también la atención que le prestan a la novela objetivista. Es probable que las páginas de la revista registren uno de los episodios iniciales del objetivismo francés en Argentina. En una dirección similar a la de Prieto, en la que la importancia de la técnica se resuelve al servicio de fines extraliterarios, la conclusión de Gramuglio “Las formas del espacio contribuyen a revelar el alcance subversivo, el aporte incuestionable del *nouveau roman*” ratifica esa renovación de la crítica que proyecta el artículo de Rosa sobre Viñas. Escribe Rosa “[...] han surgido nuevos intentos críticos que posibilitan la valoración real y total de la obra literaria en su dualidad inseparable: su contexto social y su individualidad estética”. En este sentido, la publicación de la *Antología* invita a pensar una vez más no solo en el alcance modernizador sino también en el carácter obstructor de un pensamiento crítico que suscribe la idea de totalidad y no renuncia a las dualidades. Creo que en esta invitación, cuyo objeto compromete uno de los capítulos más importantes de la historia de la crítica literaria argentina, el de la juventud de la crítica, se asienta otro de los aciertos decisivos de esta compilación.

Obras citadas

- Jitrik, Noé, Nicolás Rosa y Beatriz Sarlo. “El rol de las revistas culturales”. *Espacios 12* (Facultad de Filosofía y Letras, Universidad de Buenos Aires, junio-julio, 1993): i-xv
- Longoni, Ana y Mariano Mestman, Mariano. *Del Di Tella a “Tucumán Arde”*. Vanguardia artística y política en el 68 argentino. 2004. Buenos Aires: Eudeba, 2010.
- Prieto, Adolfo. “Estructuralismo y después”. *Punto de vista 34* (1989, julio-septiembre): 22-25.